

Una Espiritualidad para la Reestructuración

Jorge Cela, S.J.

0. Introducción

Solemos decir que la Iglesia es institución y carisma. Y nos gusta pensar que a nosotros, la vida religiosa, nos ha tocado la mejor parte, la más inspiradora, la más cercana a la creatividad y libertad del Espíritu, mientras que a la jerarquía correspondía la institución, más rígida y estructurada. Sin embargo, el lenguaje de la reestructuración nos enfrenta a la realidad que también nosotros somos institución. ¿No tenemos el peligro de que las leyes y estructuras se coman el carisma?

Como quiera, ese lenguaje nos suena poco familiar y poco evangélico. Nos cuesta relacionarlo con nuestra espiritualidad y misión.

Pero cuando hablamos de reestructuración debemos estar hablando de renovación espiritual y compromiso con nuestra misión. Porque la reestructuración no debe ser un simple reordenamiento funcional para adecuarnos a los cambios del contexto y a nuestros números decrecientes. No debe ser una operación de salvamento en tiempos de naufragio. Debe ser un movimiento de renovación espiritual orientado a la misión. Su motivación no debe estar en el miedo a sucumbir en la catástrofe, sino en el renovado entusiasmo por el seguimiento de Jesús.

Por lo tanto la reestructuración debe ser vivida como una oportunidad de renovarnos espiritualmente y de reavivar el fuego de la vocación que sea capaz de reavivar otros fuegos. Debe ser mirada como una "buena noticia" para nuestra vida consagrada¹. La pregunta que debemos plantearnos es: "¿Qué estructuras de gobierno pueden ayudarnos hoy a revitalizar nuestras vidas y nuestra misión?"²

1. La disponibilidad

Tengo un compañero que cuando quiere hacer una consulta comienza preguntando: ¿cómo se te pone el cuerpo si...? Y es cierto. El cuerpo se dispone para la tarea esperada. Se tensa, se relaja, se pone en alerta, se nos pone la carne de gallina, tiembla, suda, tiene escalofríos,...

También el espíritu se tiene que disponer a la tarea que tenemos por delante. San Ignacio, en sus ejercicios espirituales, da mucha importancia a la preparación de la oración buscando que el cuerpo y el espíritu se apresten para orar. Incluso es cuidadoso de los primeros pasos de la oración y de que nos hagamos conscientes de a dónde voy y a qué.

Y como si eso fuera poco, comienza los Ejercicios con el Principio y Fundamento que va orientado a crear en nosotros una actitud de indiferencia, es decir, de disponernos a aceptar la voluntad de

¹ Juan M. Lasso de la Vega, CSSR, La Reestructuración, una Buena Noticia.

² Carta de Adolfo Nicolás, S.J. sobre La Renovación de las Estructuras Provinciales al Servicio de la Misión.

Dios, sin tener nosotros una voluntad y querer propios que puedan interferir o hacer ruido a la voz del Señor que nos llama.

Lo que llamamos reestructuración es un cambio que toca nuestro mundo más cercano y nuestras raíces más profundas. Nos cambia el universo de nuestra mirada apostólica; las relaciones de obediencia, las posibles relaciones de comunidad incluyendo nuevos sujetos, nuestros hábitos pastorales y comunitarios, nuevas culturas en juego; nos cambia también las posibilidades de destinos abriendo a nuevos países. Toca por tanto temas muy sensibles para nosotros: vida de comunidad, misión, cultura.

Un cambio de esa envergadura se puede recibir con resignación, lo que supone poco o ningún esfuerzo por cooperar con el objetivo que se pretende, y probablemente resistencias internas, que nos eximen de asumir el cambio interiormente, y aun externas, que dificultan abiertamente su ejecución.

Por eso es importante que todas las personas y comunidades implicadas en la reestructuración se sientan envueltas como sujetos del cambio. Y para ello hay que disponerse.

Es bueno que haya un proceso de reflexión que nos permita a todos entender lo que se busca, aportar, asimilar la nueva propuesta, y trabajar los posibles consensos. Pero el camino de la racionalidad no siempre nos lleva al acuerdo. Porque hay cosas que nunca están tan claras como para que todos las veamos igual; porque nuestras miradas están condicionadas por nuestras historias y puntos de vista; y, sobre todo, porque nuestra razón funciona muy ligada a nuestros afectos.

Hay que trabajar el mundo afectivo. Y los amores desordenados sólo se vencen con un amor más grande que los ordena al fin de nuestra vida. Sólo situando el proceso en el plano del amor mayor seremos capaces de disponer nuestro espíritu con alegría y hasta entusiasmo. Situando el proceso en la búsqueda de la voluntad de Dios y disponiendo nuestro corazón a querer lo que Dios quiere, aunque nos cueste, aunque no lo veamos.

Siendo capaces de despegar la voluntad de Dios de mis deseos. Y para ello comenzar todo el proceso por esta búsqueda apasionada de la voluntad de Dios, que tiene sus caminos, que no siempre son los de nuestros deseos o de nuestra racionalidad instrumental.

Es importante que el proceso parta de nuestro esfuerzo por centrar la mirada en Dios y renovar nuestra disponibilidad a aceptar lo que Él quiera, aunque contradiga mi propio querer e interés. Y es importante que en todo el proceso estemos atentos a purificar nuestra mirada comunitariamente, centrando en Dios la intención. Que el proceso racional de análisis y ponderación de datos y razones sea siempre orado bajo el prisma de la disponibilidad. Es importante tener presente la actitud de Jesús en el huerto, la de María en la anunciación. Hágase en mí tu palabra. El centro puesto en Dios. Por eso toda reestructuración debe comenzar por un disponernos comunitariamente a esta acción de Dios.

2. Las estructuras en función de la misión

El segundo elemento para hacer de la reestructuración un proceso de renovación espiritual es pensar las estructuras en función de la misión.

Toda reestructuración tiene un objetivo distinto de la propia reestructuración. Nos reorganizamos para un fin. Puede ser para ganar más dinero, o para mejorar nuestra imagen institucional, o para mayor rendimiento profesional. En el caso de la vida religiosa es para la misión. Una misión que no es nuestra, individual. Ni siquiera de la Congregación. Es la misión de Cristo de construir el Reino.

Pero no debemos confundir la misión con la tarea. Nuestra tarea puede ser enseñar matemáticas o atender pacientes terminales. La misión de la institución en la que trabajamos puede ser educar niños o curar enfermos. Pero nuestra misión como vida religiosa es ser testigos y constructores del Reino según el carisma propio de la Congregación. Toda reestructuración debe ser para organizarnos para ser más eficaces en esta misión. Y decimos eficaces, no eficientes. Eficiente es quien obtiene mejores resultados con menor inversión de tiempo y recursos. Eficaz es el que logra sus objetivos más plenamente. Lo que nos interesa es ser eficaces en el testimonio y construcción del Reino de Dios.

Para ello es imprescindible estar atentos a los signos de los tiempos. Ellos nos indican dónde está la pregunta por el Reino, dónde están los nuevos brotes de Reino creciendo, cuál es el lenguaje para comunicar el testimonio del Reino a los destinatarios del mensaje.

Necesitamos tener la oreja cercana al brote que está por surgir en todo su verdor, a la crisálida que empieza a romper para liberar la mariposa. Precisamos de una mirada de jirafa³. La jirafa, por su largo cuello, puede elevar su mirada y abrirse al horizonte. Pero para poder bombear sangre a su cabeza tan alta, necesita un corazón grande. Nuestra mirada tiene que ser así: que abarque el horizonte amplio de nuestro ancho mundo con una mirada de largo alcance, estratégica; pero al mismo tiempo conectada con un corazón grande, donde quepan todos y todas, donde haya espacio para la generosidad sin límite.

Una mirada que no se agote en mi pequeño mundo de miedos y necesidades personales, ni de mi obra como si ella fuera el Reino todo; ni de mi entorno, mi cultura, mi país, mi Congregación. Abierta al mundo, a la Iglesia. Capaz de sentir como propias las angustias y esperanzas de nuestro mundo. Especialmente las de los pobres de la tierra. Desde un corazón ansioso de comprender, dispuesto a acoger y amar a todos y todas. Que no levanta muros ni fronteras para impedir la entrada. Una mirada que no escruta para juzgar, sino para salvar.

La contemplación de nuestro mundo nos habla lo primero de globalización. Las distancias se acortan y nos aproximan virtualmente con la oportunidad que esto ofrece de ampliar nuestra información hasta sobrecargarlos y el efecto en nuestras formas de conocer, más por conectividad que por acumulación de conocimientos. Por eso nuestro mundo funciona por redes que no sólo estructuran nuestras maneras de actuar y relacionarnos, sino que también invaden nuestra privacidad. Redes omnipresentes pero sumamente frágiles. Que se arman y se rompen con

³ Tomo la imagen del P. Adolfo Nicolás, S.J., que la usa con frecuencia.

igual facilidad, fortaleciendo un talante de lo provisional, lo temporal, sin amarras ni compromiso. Un mundo que cambia a la velocidad de un click en el ratón. Que nos abre a la pluralidad, a la interculturalidad, al diálogo con el otro; pero que al mismo tiempo nos invita a la superficialidad de quien todo lo prueba pero en nada profundiza, con nada se queda. La cultura del supermercado, de ofertas sin límite, en el ámbito de los desechables, incluso en lo religioso, donde se ofrecen al espíritu multiplicidad de ofertas, atractivas y baratas, para acallar las ansias de trascendencia, sin mucho costo de compromiso. Donde las sensaciones fuertes sustituyen la profundidad, y la experiencia del otro no pasa de la epidermis sentida en el abrazo.

Un mundo plural, que nos enseña apertura a los otros y sus culturas, en donde tenemos que asumir múltiples identidades y relacionarnos con la diversidad de tal manera que nuestra identidad se fragmenta y oscurece hasta no saber quienes somos. Un mundo que busca su integración, su identidad más profunda, y sus afectos estables más allá de las sensaciones y experiencias fuertes y pasajeras.

Un mundo que junto al abanico de oportunidades que nos abre, nos fragmenta y nos divide, no sólo interiormente, sino en dinámicas que levantan muros y barreras para excluir de la participación en esta cultura emergente universal. Barreras entre países, que excluyen a los migrantes; barreras para excluir a los pobres, a los pueblos originarios, a todo el que por ser diferente, nos exige salir de nosotros mismos, contar con ellos, incluirlos en nuestros planes.

Este mundo nos pone preguntas nuevas y nos exige que se las respondamos en otro lenguaje. Necesitamos de una espiritualidad sensible a este nuevo talante, que entienda sus inquietudes y hable su idioma. Necesitamos cambiar personal, comunitaria, institucionalmente para responder a este reto de una nueva evangelización, de una nueva manera de vivir la experiencia del Dios único. La reestructuración debe ser para ayudarnos a esto. Para traducir el carisma fundacional a los nuevos lenguajes culturales.

En este mundo "nuestras estructuras de gobierno y nuestros modos de proceder deben ser concebidos desde una mayor universalidad"⁴.

Y en medio de esta selva de tecnologías e intereses, que por momentos nos parece una Babel donde es imposible superar los conflictos ni llegar a entendernos, tenemos que ocuparnos en discernir el paso de Dios por nuestra historia y escuchar su llamado. Personal y comunitariamente tenemos que colocarnos en actitud de discernimiento para descubrir al Dios presente y convocante desde esta realidad.

Nuestra espiritualidad debe ser de búsqueda, de constante discernimiento personal y comunitario, de escucha de la Palabra que se nos dice en los signos de los tiempos. Nuestra oración ha de ser de ojos abiertos a la realidad aprendiendo a leer en ella el llamado de Dios. Tenemos que asumir el riesgo del cambio, la aventura de comenzar de nuevo, de adentrarnos en caminos no conocidos de nuevas estructuras. Necesitamos el coraje de afrontar este riesgo⁵.

⁴ Carta de Adolfo Nicolás, S.J., sobre Las Estructuras Provinciales al Servicio de la Misión.

⁵ Cfr. Luis González Díez, La Reestructuración es Cuestión de Comunidad, Vida Nueva, Con Él, En.2012.

Y esto nos exige una vida comunitaria más profunda, donde nos conectamos no sólo para sentirnos seguros, sino para compartir nuestro más hondo interior, nuestra búsqueda del Dios que nos llama personal y colectivamente a hacer de este mundo su Reino; a cambiar nuestra estructura en función de nuestra misión y mantenernos en discernimiento constante.

3. Las estructuras como expresión del carisma

Estamos llamados a vivir la misión según el carisma de nuestra Congregación. La presencia de los carismas en la Iglesia da testimonio de un Espíritu de libertad, que crea la diversidad, reflejo de la plenitud de Dios. Ninguno podemos tener la pretensión de tener la única verdad, ni la mejor opción. A diferencia de la institución, que tiende a afirmarse con solidez de única, de absoluta, la vida religiosa vive en la humildad de la diversidad, y está llamada a construir la unidad desde la pluralidad. La tentación de absolutizarse es vencida porque su identidad consiste en la variedad de formas en que el Espíritu se manifiesta, sin que ninguna pueda tener la pretensión de ser única o mejor.

Por eso a la hora de reestructurarse para la misión es tan importante buscar en el pozo del propio carisma. Es ahí donde encontramos la inspiración para responder a los retos que nos presenta el contexto. Felicísimo Martínez , O.P., habla de la importancia de revitalizar el carisma y la espiritualidad, para revitalizar la misión. Él nos dice: "El desafío fundamental hoy para la vida religiosa es rescatar su dimensión carismática y ofrecer un testimonio profético en la sociedad y en la Iglesia (testimonio de trascendencia, seguimiento radical, experiencia contemplativa, misión evangelizadora"⁶. Al fin y al cabo, las estructuras deben dar cuerpo al carisma.

Necesitamos volver a las fuentes de nuestra espiritualidad para rescatar esa intuición fundamental y expresarla en clave de los nuevos retos que el mundo nos plantea, con el lenguaje de hoy. "Se trata de dejar que surja la vitalidad del carisma para responder a los retos y necesidades de nuestro tiempo"⁷

No podemos entrar en la reestructuración como a la última brazada antes de abandonarse a la mar fiera y profunda. La reestructuración no es un movimiento agónico para no rendirse. Para el cristiano no hay agonía final porque la muerte no es el horizonte de la vida, sino la Pascua. Sabemos que toda vida tiene un valor propio e irrepetible que salta más allá de la muerte. Sabemos que, como decía Antonio Machado, "todo pasa" y todo muere, pero que "todo queda", no sólo en el recuerdo, sino en vida que no muere, y que encuentra su valor en lo vivido, sin necesidad de perpetuarse eternamente.

Tenemos que aprender a disfrutar el gozo de haber vivido como signo que anuncia y crea el Reino, como germen de una vida nueva y distinta. Por eso, no tenemos que preocuparnos si nos queda vida larga o corta, sino si somos realmente testimonio y comienzo de la nueva Vida. La reestructuración es siempre para crecer en coherencia con el carisma original, que ha nacido del Espíritu. Vivir temiendo a la muerte es estar siempre comenzando a morir. Tenemos que vivir la

⁶ Charla al Capítulo General de los Pasionistas 2 octubre 2006.

⁷ Carta de Miguel Miró, Presidente de la Comisión de Revitalización y Reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos.

plenitud de la vida recibida. Y para eso asumimos el reto de la reestructuración. No nace del miedo al fracaso, sino de la convicción de que hemos encontrado el tesoro escondido.

Por eso la reestructuración tiene que ayudarnos a revalorar el carisma propio y a vivirlo con renovada intensidad.

4. El ser de la vida religiosa como signo del Reino

Esto nos lleva a mirar la reestructuración como una ocasión de reinventar la vida religiosa para nuestros tiempos y así recuperar su carácter profético de denuncia y anuncio.

Jesús nos dejó dos parábolas que nos ayudan a comprender el significado de este momento. Nos dijo que tenemos que ser como la sal de la tierra. Lo importante de la sal no es que sea mucha. El exceso de sal daña la comida. Sólo con un poco basta. Lo necesario para dar sabor a la comida. Pero no sabor a sal. Sino sacar del interior de la comida su sabor, de forma que pasando desapercibida la sal, todo tome el gusto que Dios le dio en la creación. Así la vida religiosa está para sacar de la vida y la historia el sabor a Reino que tiene guardado. No para que sepa a votos, rosarios y salmodias, sino para que tenga el gusto a humanidad nueva, donde crecen la justicia y la fraternidad. Para que seamos signo y manantial de Reino.

Y cuando nos dice que somos luz, nos recuerda que nuestra función es iluminar la realidad, no ser nosotros el Reino. No hace falta que deslumbremos, sino que ayudemos a ver el camino, que es Jesús.

Nos reorganizamos para hacer más transparente el sentido de nuestra vida. Para ser comunidades que reflejan el amor que se entrega en la dinámica misionera. Nuestra obediencia no busca subordinar libertades humanas al capricho de un Superior, sino encontrar la voluntad de Dios para hacerla con entusiasmo.

En un mundo saturado de información pero no comunicado; donde ni las nuevas tecnologías son capaces de disminuir el conflicto y la violencia; donde todo se fragmenta: sociedad, familia y hasta la propia identidad: queremos buscar ser comunidades verdaderas.

En un mundo donde el ansia de consumo se desboca hasta destruir la naturaleza y crear la cultura del desechable, donde excluimos la vida humana más frágil; la vuelta real a la pobreza evangélica cobra significado. Por eso los gestos sencillos del Papa Francisco de desprendimiento (de las habitaciones vaticanas, de los carros y vestidos lujosos, de los zapatos rojos) hacen tanto impacto. Como lo hacen los religiosos que viven en pobreza, entre los pobres.

Nos reestructuramos para hacer transparente a Jesús como centro de nuestras vidas y somos sentido de la existencia. En un mundo que busca experiencias en el supermercado religioso, debemos anunciar con nuestra vida y estilo, con nuestra contemplación, el gozo de la experiencia del resucitado. "nos reestructuramos no porque seamos menos y más mayores, sino porque queremos ser mejores y servir más"⁸.

⁸ Caminar con esperanza, Documento de la Orden de Agustinos Recoletos.

Debemos buscar nuevas maneras de transparentar nuestra alegría, nuestra esperanza, nuestro amor, nuestra confianza en el Señor. De superar las opacidades que han ocultado esta experiencia, a veces hasta a nosotros mismos.

El Papa Francisco nos ha insistido que todos somos pecadores. Eso significa que todos necesitamos ponernos en estado de conversión. Es un proceso constante y sin fin. La vida religiosa como signo no tiene que aparentar santidad. Tiene que transparentar actitud de seguimiento de Jesús, humildemente reconociendo que a veces se nos va muy adelante, hasta que parece que se nos pierde. Pero que no dejamos de buscarle. La reestructuración debe ser parte de esta búsqueda.

5. La eclesiología del Vaticano II

El Vaticano II rescató la imagen de Iglesia como Pueblo de Dios en marcha por la historia, pueblo de sacerdotes profetas y reyes, como nos dice la oración del crisma bautismal. Esta imagen equilibra el énfasis jerárquico que la Iglesia había desarrollado ante los embates de una modernidad democrática y anticlerical. El laicado recupera el protagonismo en la Iglesia. En este medio siglo después del Concilio esta manera de entender la Iglesia ha avanzado con sus dificultades. Pero es evidente que la idea de pueblo nos sitúa en una perspectiva distinta. Es una marcha con otros, más que una marcha delante de otros. Una jerarquía más cercana al pueblo. Un pueblo más involucrado en el liderazgo.

También la vida religiosa es parte de este pueblo. Y el Papa Francisco ha resaltado su papel en esta marcha. Sin duda al constituir el 2015 como el Año de la Vida Consagrada quiere devolver a la vida religiosa el protagonismo propio en una Iglesia carisma e institución.

La imagen de Iglesia pueblo de Dios nos hace sentirnos plenamente Iglesia con otros y otras que caminan con nosotros en el seguimiento de Cristo. Sobre todo que camina con los pobres, como nos lo recuerda el Papa Francisco, con olor a oveja. Esa Iglesia sensible a las "angustias y esperanzas" del pueblo, que optó por los pobres, como ha afirmado la Iglesia latinoamericana en todas sus Conferencias, en seguimiento de Jesús. Que camina junto a ellos, con la cercanía que Él nos enseñó.

Esta Iglesia se hace así sacramento del Reino, espacio de comunión y participación, como la definieron nuestros Obispos en Puebla.

Una iglesia que quiere caminar con otros, y por eso sale de los templos al encuentro de los otros en las plazas, discípula y misionera, como la definieron los Obispos en Aparecida.

Quizá los números decrecientes interpelan nuestra soberbia, que llegó a creerse que podíamos solos. Nos llevan a la humilde aceptación que es de Dios la obra, y no somos más que colaboradores, con muchos otros. Nos lleva a aprender a trabajar con ellos como compañeros, compartiendo tarea y liderazgo. Nos invita a estructurarnos para el trabajo de formas nuevas, más horizontales, más en red, reconociendo humildemente que la obra no es nuestra sino del Dios que guía a su pueblo a través de los caminos complicados de la historia.

6. Las contradicciones por resolver (o por vivir)

Después de todas estas consideraciones podemos volver a la dura realidad que nos dice: todo eso es muy bonito, pero tenemos que reestructurarnos como quiera para responder a la misión, y eso es un proceso organizativo que tiene su técnica.

Es cierto, el proceso de reestructuración debe aprovechar los conocimientos acumulados sobre la materia. Pero no puede olvidar que se da para cumplir una misión, y que tiene que, él también, expresar una espiritualidad, una manera de vivir la fe, que es lo mismo que vivir la vida.

Los Agustinos Recoletos reflexionan así sobre su proceso: "la verdadera revitalización nos lleva a cambiar las estructuras y la reestructuración sirve de poco sin la renovación personal y comunitaria"⁹. El proceso de renovación de las estructuras hay que vivirlo con estas contradicciones.

"Quizá tengamos que reducir nuestras obras y aligerar la planta física o la infraestructura que las sustenta"¹⁰. Eso nos ayudará a soltar lastre para vivir mejor la pobreza. Nos obligará a optar por lo esencial. Nos llevará a verificar hasta dónde va nuestra opción por los pobres a la hora de tomar decisiones difíciles de cierre de obras. Nos develará nuestras verdaderas prioridades, en las que tenemos puesto nuestro corazón.

Nos obligará a buscar formas de profundizar en el carisma con menos personal religioso. Y eso nos obligará a dar más importancia a la formación de los colaboradores laicos y laicas. Nos exigirá afinar en el testimonio evangélico de nuestras vidas.

"La reestructuración exige también aligerar el aparato burocrático y actualizar la organización de las obras y las instituciones...(darnos) una organización menos provinciana y regionalista, más global, internacional, intercultural...aligerar la burocracia"¹¹. Esto requiere incorporar nuevas formas organizativas, basadas en las nuevas tecnologías, como las redes, y las nuevas formas de comunicación y participación virtual. Y al adoptarlas necesitaremos repensarlas desde la misión. No se trata de la simple sustitución de viejas formas organizativas y administrativas por nuevas. Se trata de usar herramientas y metodologías tanto cuanto nos sirvan y se adapten a la misión que tenemos y no al revés.

La visión más universal, coherente con un mundo globalizado, no puede lograrse a costa de los pequeños, de las identidades y culturas locales, de la riqueza de la diversidad. Siempre el proceso de globalización deberá integrar la pluralidad sin pretender la homogeneidad. Esta tensión entre lo universal y lo particular tiene que ser vista no como problema, sino como ganancia

Otra contradicción, que es de siempre, pero vivida ahora con más intensidad, se da entre cantidad y calidad. ¿Aflojamos nuestros niveles de exigencia vocacional para aumentar un poco el número de candidatos o candidatas? ¿Relajamos las exigencias de la vida religiosa para retener los pocos que nos llegan? Y tenemos que volver a la parábola de la sal. ¿De qué sirve si pierde el sabor? Lo

⁹ Caminar con Esperanza.

¹⁰ Felicísimo Martínez O.P., op.cit.

¹¹ Idem

importante no es llenar la olla de sal, sino que apenas un poquito sea suficiente para sacar el sabor de la comida que cocinamos.

Y lo mismo en cuanto a nuestro apostolado. ¿Lo importante será mantener muchas obras y los números altos, o que el fuego que comunicamos realmente ilumine y caliente las vidas de las personas y comunidades que toca?

Los números decrecientes nos obligarán a aceptar que no somos Dios, ni tenemos que estar en todas partes. Que debemos dejar a Dios ser Dios y nosotros situarnos en la cercanía de los pobres.

En una sociedad que expresa su idolatría en el consumismo y su falta de solidaridad y fraternidad en la privatización de todo bien. Para la que la austeridad es una mala palabra y que destruye, privatiza y desprecia todo lo público (los parques, los hospitales, las escuelas, las aceras, las playas, los templos, la política, el medio ambiente). En esta sociedad es un signo profético asumir la defensa de lo público, comprometerse por la calidad de la educación y la salud pública, por políticas sociales justas, por espacios públicos seguros, limpios y hermosos, por el cuidado del medio ambiente,...Son los espacios de los pobres, de acceso libre. Salir a vivir, trabajar, compartir sueños y luchas en ellos, puede ser una forma de acercarnos al pueblo y retomar nuestro servicio.

El testimonio de que afirmándonos como hermanos y hermanas es la mejor forma de afirmar el sujeto. Que cada persona es siempre en relación y que su identidad no se define por el rechazo del otro, del diferente, sino por la forma en que se relaciona con él. La creación de una sociedad acogedora del inmigrante y el pobre, capaz de construir unidad en la diversidad es signo del Reino. Nuestras obras, nuestros espacios, deben reflejar esa hospitalidad propia de la fraternidad cristiana.

El dejar de mirar al laicado como subordinado y vernos como colaboradores, con ellos, de la misión que Cristo nos ha confiado, será también testimonio de esa fraternidad que está tan ligada al Reino que Jesús nos propone.

Todas estas tensiones implican que la metodología que se use en el proceso es muy importante. No debe ser algo impuesto desde arriba, a nombre de la obediencia, sino una búsqueda participada, lo más ampliamente posible.

Se debe llegar a consensos, o al menos a mayorías amplias. No se debe hacer por votación, dejando el amargo sabor de ganadores y perdedores. El estilo de búsqueda de la voluntad de Dios, de discernimiento, debe llevar a sentirnos todos ganadores con el proceso.

Debe prestarse especial atención a los jóvenes, por su sensibilidad para los retos del presente y porque ellos serán quienes tendrán que echarla adelante.

No se debe hacer con precipitación, con presión para lograr resultados rápidos. Pero tampoco se puede dejar empantanar. A veces los que se oponen al sentir mayoritario intentan detener el proceso, porque ven que irá hacia donde ellos no quieren. Es una forma de ganar las minorías.

7. A Manera de Conclusión

Estas reflexiones nos permiten descubrir algunos criterios para la reestructuración:

1. No debemos separar reestructuración de revitalización. No es sólo una reorganización administrativa. Se trata de un proceso personal y colectivo de renovación espiritual. Buscamos que *"las estructuras de gobierno se han de agilizar, modernizar y flexibilizar en lo posible...capaces de animar la vida y la misión"* ¹²
2. El proceso de reestructuración tiene un previo: lograr una actitud de disponibilidad, de indiferencia en el sentido ignaciano, en que entremos sin posturas tomadas, sino abiertos a la acción de Dios.
3. La motivación para la reestructuración debe ser la misión y no nosotros, nuestra comodidad o sobrevivencia. Esta perspectiva nos lleva a una visión más estratégica, más universal e intercultural (no centrada en mi Provincia, mi país, mi obra, mi cultura). Nos lleva a asumirla con sentido solidario, al lado de los pobres, de los más débiles (personas o comunidades). Nos da sensibilidad eclesial, para ponernos al servicio de las necesidades de la Iglesia
4. La actualización debe, desde los valores del Evangelio y el carisma propio, adecuar el gobierno y los medios de la vida consagrada a las necesidades del mundo de hoy buscando mayor eficiencia y eficacia, utilizando los recursos que nos brinda el mundo moderno.
5. La reestructuración debe mirar a la actualización del carisma como aporte propio a la Iglesia y al mundo.
6. Es importante tener en cuenta que nuestra vida, nuestra comunidad, es parte de nuestra misión. La vida consagrada es testimonio por su estilo: votos, vida comunitaria. Al reestructurarnos no hay que pensar en la acción apostólica como la totalidad de la misión.
7. Una reestructuración con sentido eclesial tiene en cuenta los laicos y laicas que colaboran en la misión y se preocupa por su formación y participación.
8. Es importante tener en cuenta la metodología, que debe ser participada, de discernimiento, incorporando especialmente los jóvenes, incluyendo los pobres como un criterio teologal.

Y sobre todo tenemos que dejarnos guiar por Dios poniendo de nuestra parte todos los saberes y entusiasmos, toda la esperanza y la fraternidad de que somos capaces.

¹² Carta de Adolfo Nicolás, S.J., sobre Las Estructuras Provinciales al Servicio de la Misión